-Simmons, ya no necesita usted llamar a esta ventana más; mi hija nos ha dejado.

-¿Se ha ido de Webster?

-No; pero nos ha dejado. Se quejó mucho de su dura suerte; trabajaba como una esclava, y no lo hacía para ella. Se ha ido, como harán todas, para tener su casa propia.

-Mal asunto -dijo el velador con voz no desprovista de compasión.

-Casi tan malo como, para los padres, vivir del jornal de sus hijos -contestó el hombre tristemente.

-¿Y cómo es tu buena mujer?

-Todo lo pobre que necesita. Harriet no había estado en casa desde el viernes en la noche. ¿No te debe nada?

-Ni medio penique. Era ordenada como una abejita y pagaba todos los lunes por la mañana. Siento que te haya dejado, vecino.

-Cúmplase la voluntad de Dios. Los tiempos son malos para nosotros -dijo el hombre y, dejando la ventana abierta, se metió adentro.

Era una única habitación la que él ocupaba. En el centro, colocado para que pudiera aprovechar la poca luz que lograba penetrar en aquel cuarto tan oscuro, había un telar. En dos rincones de la estancia y en el suelo estaban dos colchones y una cortina de separación, pendiente de un cordón, que podía correrse en caso necesario. En uno yacía su esposa, doliente; en el otro, tres niños pequeños: dos niñas, la mayor de unos ocho años y, entre ellas, su hermanito. En el fogón se veía un caldero de hierro y en el tablero de la chimenea algunas velas, unos pocos cerillos, dos pequeños cubiletes, un papel de sal y una cuchara de hierro. Más allá, una tosca mesa de cocina clavada junto a la pared, lo mismo que el banco unido a ella.

El hombre se sentó ante el telar e inició su trabajo cotidiano.

-¡Doce horas de tarea todos los días, a penique la hora, y, encima, es un trabajo empeñado! ¿Cómo va a terminar esto? ¿Será interminable? -y miró en torno al cuarto, donde no había nada:

ni comida, ni leña, ni muebles; donde cuatro seres humanos que dependían de él estaban acostados en sus míseras camas, porque no tenían ropa que ponerse. -No puedo vender mi telar -prosiguió- ni al precio de leña vieja, y me costó a precio de oro. No fue el vicio lo que me trajo a esta situación, ni la indolencia, ni la imprevisión. Nacía para trabajar, y estaba listo para hacerlo. Amaba a mi telar y él me amaba a mí. Me dio una casita en mi aldea natal, rodeada por un jardín, y no estaba celoso de que reclamaran mis cuidados. Había tiempo para los dos. Me dio por esposa a la doncella que siempre había amado; agrupó a mis hijos alrededor de mi corazón, con abundancia y paz. Yo estaba contento: no deseaba otra suerte. No es la adversidad la que me hace mirar atrás, al pasado, con ternura.

-Entonces, ¿porqué estoy aquí? ¿Porqué yo, y seiscientos mil súbditos de la Reina, honestos, leales y laboriosos, porqué estamos, después de luchar virilmente durante años, cayendo cada vez más bajos en la escala? ¿Porqué hemos sido arrancados de nuestras casas inocentes y felices, de nuestras casitas de la aldea, que amábamos, para montonarnos en ciudades cerradas, sin comodidades, y meternos encogidos en sótanos, o buscarnos un cubil escuálido como éste, sin siquiera las cosas más necesarias para vivir? Primero nos faltan las comodidades ordinarias de la vida; después, las ropas, y, por fin, la comida.

-Es que el capitalista ha hallado un esclavo que sustituyó al trabajo y la ingenuidad del hombre. Antes era un artesano; ahora, en el mejor de los casos, únicamente cuida máquinas. E incluso esta ocupación se le escapa de las manos, que pasa a ser desempeñada por la mujer y el niño. El capitalista prospera, amasa una fortuna inmensa; nosotros caemos más y más bajo; más bajos que las bestias de carga, porque a éstas se las alimenta mejor y se las cuida con más esmero. Y es justo, porque, de acuerdo con el sistema actual, son más preciosas. Sin embargo, nos dicen que los intereses del capital y los del trabajo son idénticos.

-Si una sociedad creada por el trabajo se independiza repentinamente de él, está obligada aquélla a mantener a la raza cuya única propiedad es el trabajo con los productos de la otra propiedad que no ha dejado de ser productiva.

-Cuando la clase de la nobleza fue suplantada en Francia, no llegaba en su cantidad a la tercera parte de la nuestra, los tejedores manuales; y, con todo, Europa entera se lanzó a la guerra para vengar las injurias que se le hicieron, y todos los estados se dispusieron a mantenerlos durante su adversidad, y cuando fue

ron restaurados los aristócratas en su país, éste los compensó con una enorme indemnización. ¿Quién cuida de nosotros? También hemos perdido nuestros bienes. ¿Quién alza la voz en nuestro favor? Y, sin embargo, somos por lo menos tan inocentes como la nobleza de Francia. Nos hundimos y nadie nos mira, más que nosotros mismos. Y si nos otorgan su simpatía, ¿qué? Al pobre no se le da más que el consuelo de la simpatía; para el rico se reserva la compensación.

-¿Está ahí Harriet? -preguntó la esposa, moviéndose en su cama.

El tejedor manuel fue despertado de su ensimismamiento a la urgente miseria que lo rodeaba.

-¡No! -contestó con voz ronca y súbdita-; no está Harriet.

-¿Porqué no viene Harriet?

-¡Ya no vendrá más! -replicó el tejedor-; te lo dije anoche: ya no puede soportar este tugurio, y no me extraña.

-¿Cómo vamos a comcer ahora? -inquirió su esposa- No debías haberla dejado ir, No haces nada, Warner. Tú no ganas un jornal y, en cambio, dejas marcharse a la muchacha.

-Y me iré yo si lo repites otra vez -contestó el tejedor- Estuve tres horas para terminar esta pieza, que tenía que entregar el sábado por la noche.

-Pero te la pagaron por adelantado. Ahora no cobrarás nada por tu trabajo. ¡Un penique a la hora! ¿Qué clase de trabajo es el que produce un penique por hora?

-Un trabajo que tú has admirado muchas veces, Mary, y que valía algo antes. Pero, si no te gusta, -añadió el hombre, apartándose del telar- lo dejaré. Algo habrá prestado en esta vecindad para poder desayunar. Y, si no lo hay, lo mismo da; tarde o temprano, nos vamos a morir de hambre. Hagámoslo ahora.

-¡No, no, Philip, trabaja! Vamos a desayunar, pase lo que pase.

-Pues no me reproches más -contestó el tejedor-, porque, si no, será la última vez que empuje la lanzadera.

-No te censuraré ya -contestó su esposa con voz tierna-. Estaba mala,lo siento; es que estoy muy enferma. No soy yo la que habla; no quiero comer no tengo hambre; mis labios están muy resecos. Pero los niños...los niños se acostaron sin cenar y se van a despertar enseguida.

-Madre, yo no estoy dormida -dijo la niña mayor.

-No, no estamamos dormidas -añadió su hermana-; oímos todo lo que le dijiste a papá.

-¿Y el niño?

-Todavía duerme.

-¡Tengo muchos escalofríos! -exclamó la madre-. Hace frío. Por favor, cierra la ventana, Warner. En el cristal veo gotas; está lloviendo. ¿Nos prestarían los de abajo un trozo de carbón?

-Les hemos pedido demasiadas veces -contestó Warner.

-Quisiera que en la tierra no hubiera carbón -dijo su esposa-, porque entonces no podrían trabajar las máquinas y nosotros disfrutarísmos otra vez de nuestros derechos.

-¡Amen! -exclamó Warner.

-¡No crees, Warner, -preguntó su esposa- que podrías vender esa tela a alguna otra persona y quedar a deber a Barber el dinero que te adelantó?

-¡No! -gritó su esposo- Seré honrado.

-Y dejarás que tus hijos mueran de hambre -replicó su esposa-, pudiendo sacar cinco o seis chelines de una vez. Pero siempre fuiste igual. ¿Porqué no entraste en las máquinas hace un año, como hicieron otros? Así te hubieras acostumbrado ya a ellas.

-¡A estas fechas ya me habrían suplantado una mujer o un niño! -contestó Warner- ¡Hubiese sido igual de malo!

-Pues ahí tenías a tu amigo Walter Gerard; era lo mismo que tú, y ahora gana dos libras a la semana; al menos te lo he oído decir muchas veces.

-Walter Gerard es un hombre de grandes recursos -replicó Warner- y ahora podía ser ya maestro, si lo hubiera procurado.

-¿ Y porqué no lo hizo?

-No tenía esposa ni hijos -contestó Warner-; no era tan bienaventurado.

El niño se despertó y empezó a llorar.

-¡Ay, hijo mío! -exclamó la madre-. ¡Esa malvada Harriet! Amelia, allí tengo un mendrugo de pan. Ayer lo guardé para el niño; mójalo en agua y envuélvelo en ese trozo de tela, que él lo chupará; así se quedará callado. No puedo soportar su llanto.

-A mediodía habré terminado mi trabajo -dijo Warner-; después, si Dios quiere, desayunaremos.

-Todavía faltan dos horas para mediodía -observó su esposa- ¡Y Barber te entretiene siempre tanto! No puedo soportar a ese Barber: hasta diré que no te volverá a adelantar dinero, porque no le llevaste el trabajo a su casa el sábado por la noche. Si yo fuera tú, Philip, iría y vendería inmediatamente la pieza incompleta a alguna de las tiendas de barato.

-Yo he procedido con rectitud durante toda mi vida -contestó Warner.

-Y eso te ha hecho mucho bien -dijo su esposa.

-¡Mi pobre Amelia! ¡Cómo tiembla! El sol nunca entra en esta casa. No cabe duda que es un lugar maldito.

-No tendrás que aguantarla mucho tiempo, Mary -le dijo su esposo- Ya no puedo pagar la renta; lo que me extraña es que no hayan venido ya a quitarme el jornal de la semana.

-¿Y a dónde vamos a ir? -preguntó la esposa.

-A un lugar que el sol ciertamente nunca toca -contestó su marido con una especie de malicia en su miseria-: a un sótano....

Tema B: La máquina y la fábrica.

Andrew Ure (1778-1857)

El veloz incremento del sistema fabril en Inglaterra durante la primera mitad del siglo XIX planteó numerosos problemas. Sus críticos atacaron sus consecuencias desde muy distintos puntos de vista, mientras que sus apologistas señalaban el progreso económico logrado y defendían a la fábrica como benefactora de la humanidad. Notable entre éstos fue Andrew Ure, químico escocés que encaminó su talento al estudio de la industria y su defensa. Hoy se le recuerda principalmente por sus resplandecientes descripciones de las saludables condiciones de trabajo de los obreros de las fábricas y por ser partidario del trabajo de los niños. A propósito de éstos escribía:

"Parecen estar siempre alegres y alertas, gozando con el más ligero juego de sus músculos, disfrutando de la movilidad natural en su edad. El espectáculo de la industria, lejos de provocarme emociones tristes, siempre me ha resultado alborozador. Me parecía delicioso observar la ligereza con que ellos unían los trozos cortados, cuando la lanzadera empezaba a retroceder del enrollador, y verlos cuando no trabajaban, tras unos pocos ejercicios de segundos de sus delgados dedos, entretenerse con cualquier postura que adoptaban mientras se completaba una vez más el proceso del tejido. El trabajo de esos vivarachos duendes era como un deporte en el que habían adquirido una gran destreza. Conscientes de su habilidad, les encantaba mostrársela a cualquier forastero. En cuanto al cansancio tras un día de trabajo, no demostraban ninguno cuando salían por la tarde del telar, pues inmediatamente corrían a cualquier campo de juego de la vecindad y empezaban enseguida a jugar con la misma presteza de los niños que salen de una escuela...."

Y añade:

"De todos los prejuicios comunes que existen respecto al trabajo en las fábricas, no hay ninguno más infundado que el que le atribuye un tedio excesivo y un cansancio superior al que producen las demás ocupaciones, basándose en que dicho trabajo se realiza en conjunción con el "incesante movimiento de la máquina de vapor"....De todos los trabajos fabriles, los más cansados e ininterrumpidos son aquellos en que no se emplean las máquinas de vapor, como el tejido de encajes y medias; y la manera de evitar que un trabajo sea incesante es introducir la máquina de vapor. Estas observaciones se aplican ciertamente con mayor rigor al trabajo de los niños en las fábricas. Las tres cuartas partes de los que trabajan en ellas están dedicados a unir el hilo en las lanzaderas. "Cuando las lanzaderas han retrocedido pie y medio o dos pies del